

proporcionan al pasajero cuanto les es posible, con la mejor voluntad.

Las posadas de esos caminos no son hoteles, sino casas de familia, donde siempre el que lo ha menester encuentra una mesa «puesta» y una cama «tendida»; y corazones sencillos, cariñosos, que consideran la hospitalidad como un favor que recibe quien lo da, como un deber ordenado por Dios.

A la partida del viajero, cuando éste pregunta cuánto debe, contestan casi siempre:

—Nada, señor, que le vaya bien.

Andrés, fatigado, echó pié a tierra en el patio de la casa, y el mismo dueño de ella se hizo cargo del caballo y ayudó a Tomás a descargar.

Cuando el posadero supo quién era Andrés y de dónde venía, llamó en alta voz a la mujer y a toda la familia, para que vinieran a atender al huésped que tenían en su casa.

—No saben ustedes quién es? Pues es el hijo de don Manuel del Campo, que viene del extranjero!

—Ah! el señor del Campo, que en sus viajes al puerto siempre posaba aquí. ¡Tan bueno que era!

Andrés, en silencio, turbado por la memoria de su padre, dió la mano a la señora y a las niñas.

—Pues si aquí durmieron, él y usted, cuando usted se iba! ¿No es así?

—Sí, me acuerdo...

—Eso hace años. Iba usted muy jovencito.

La señora, con el instinto de su buen corazón, interrumpió ese diálogo que iba a entristecer a su huésped; y obsequiosa y atenta se esforzó porque nada le faltara.

Encendieron las luces y media hora después, en la misma sala, sobre una mesa pequeña cubierta con un mantel que aún tenía los dobleces, le sirvieron una comida improvisada: huevos, carne y plátanos fritos, pan de maíz y de postres queso y una hirviente taza de chocolate, cuya espuma brillaba en burbujitas tornasoles como piedras preciosas.

Por último, en un rústico jarro de

plata, el agua límpida y fría de la montaña.

Mientras duró la comida, el viejo le hablaba de la guerra que acababa de pasar:

—Más larga y horrorosa que la del 60; no se figura usted.

La guerra del 60, en comparación con la última, perdería en adelante su fama legendaria.

Ay! señor,—exclamó la mujer— creíamos que eso no iba a acabar nunca. ¡Qué aprensiones, qué sustos cada rato!—Que viene la partida!—y todos los hombres a correr; que están peleando en no sé qué parte; que han cogido a un general. No hablaban sino de generales, que ya ni se sabía.

—Y todas las cosas por las nubes, dijo la hija mayor, en tanto que atendía al servicio de la mesa; todo tan caro.

—Los pobres, los pobres son los que pagan, agregó sentenciosamente la señora.

—¡Qué guerra, por Dios!

Tomás, con el sombrero en la mano, asomó la cabeza a la salita y dijo desde el corredor:

—Dispense, patrón: ¿a qué horas quiere que lo llame mañana?

—Cuando calcules que sean las cuatro.

—Tan temprano? dijo el dueño de casa.

—Sí, quiero aprovechar la luna para alcanzar a llegar a Cali.

—Tiene razón. Estará desesperado por llegar, dijo la señora. ¡Qué alegrón le va a dar a su mamá!

El posadero salió al patio y dió algunas órdenes a los mozos.

—Pónganle bastanté caña al caballo de la montura y aseguren las otras bestias en la manguita. Vos, José, madrugás para ayudarle al peón.

Andrés se acostó temprano en una cama rústica cuyas sábanas y fundas, acabadas de sacar del baúl, olían a *quereme*.

La alcoba donde fué instalado era una pieza nueva, de madera, con una ventanita hacia el campo. La dejó abierta para que entrara el aire fresco